



El hombre, un ser finito, con anhelo y nostalgia del Infinito

MARÍA ASCENSIÓN MATÁS GARCIA

Instituto de Ciencias Religiosas de san Fulgencio
Murcia

Resumen: La paradoja del hombre radica en que siendo por creación un ser finito está llamado a la infinitud, no poseyendo en sí mismo la razón de su existencia, ni pudiendo alcanzar por sí lo que está llamado a ser: su ser en Cristo. Su búsqueda del sentido último y de la verdad definitiva de su existencia y del mundo constituye un “preámbulo de la fe”, que lo conduce al misterio de Dios. La fe es memoria de la promesa ligada a la esperanza que despierta la Palabra de Dios, inscrita desde siempre en el corazón del ser humano y manifiesta el encuentro vital entre Dios y el hombre, quien es transformado por la presencia infinita de Dios en él. Cristo visibiliza al Eterno en su ofrecimiento de hacer partícipe al hombre de su divinidad, se presenta como “el Camino, la Verdad y la Vida” y revela al hombre su vocación suprema. Del encuentro con Cristo, surge en el hombre la urgencia de anunciarlo, llegando hasta “las periferias existenciales y sociales”, para iluminarlas con la luz del Evangelio”.

Palabras clave: Antropología. Trinidad. Infinitud.

Abstract: The paradox of man consists in the fact that, being by creation a finite being, is colling to reach infinity, not possessing in himself the reason for his existence, nor being able to achieve by himself what he is called to be: his being in Christ. His search for the ultimate meaning and definitive truth of his existence and of the world is a “preamble to faith” that leads him to the mystery

of God. Faith is memory of the promise that comes from the hope that the Word of God awakens, always inscribed in the heart of the human being, and manifests the vital encounter between God and man, who is transformed by the infinite presence of God in him. Christ makes visible the Eternal in his offer to make man participate in his divinity, He presents himself as “the Way, the Truth and the Life” and He reveals to man his supreme vocation. From the encounter with Christ, the urgency to announce him arises in man, reaching “the existential and social peripheries”, to illuminate them with the light of the Gospel”

Keywords: Anthropology. Trinity. Infinity.

1. LA BÚSQUEDA DEL HOMBRE DEL SENTIDO ÚLTIMO Y DE LA VERDAD DEFINITIVA DE SU EXISTENCIA COMO PREÁMBULO DE LA FE

El hombre religioso vive bajo la certeza de haber sido llamado a la existencia por Dios, quien establece una peculiar comunicación con la humanidad a lo largo de la historia. Realidad que se hace visible mediante la creación del hombre¹, se desarrolla gracias a su vocación y se especifica por su misión. Aquí se insertan los misterios absolutos de la vida, que sólo se dan en la comunicación de Dios con la profundidad de la existencia humana, denominada gracia, y con la historia, que tiende hacia Jesucristo.

A través de su Palabra, Dios crea al hombre, lo llama por su nombre, sosteniéndolo en la existencia con amorosa benevolencia y conduciéndolo, mediante su amor, a la plenitud de ser y de sentido, que es la salvación². Nacido del amor divino, que es comunicador de ser, salvador y plenificador de todo lo creado, el hombre no posee en sí mismo la razón de su existencia, no existe por o para sí mismo, sino por y para ese amor que, libre y gratuitamente, le dio el ser³. Camina hacia la plenitud salvífica en medio del mundo, el cual se erige como

1 “La creación debe concebirse como la vida misma de Dios proyectada libremente ad extra, por tanto en forma finita... La pura vida divina ad extra en su finitud es el carácter de realidad en cuanto tal” (X. Zubiri *El hombre y Dios*, Madrid 1985³, p. 313).

2 “El amor de Dios está en el comienzo (Dios crea por amor), en el término (Dios plenifica a su criatura por amor) y en el entero trayecto entre el comienzo y el término de cada existencia humana, a la que Dios tratar permanentemente con amorosa benevolencia” (J. L. Ruiz de la Peña, *Creación, gracia y salvación*, Sal Terrae, Santander 1993, p. 105).

3 “La idea de creación implica, pues, una relación de dependencia absoluta de la criatura respecto del creador; la realidad surgida del puro y gratuito amor divino no tiene en sí la razón de su existencia, no existe por o para sí misma, sino por y para ese amor que le dio graciosamente el ser” (*Ibidem*, p. 14).

signo de la presencia del Creador, lugar en el cual se encarnó el mediador por excelencia entre Dios y el género humano, Jesucristo⁴, y patria no definitiva del hombre, quien, creado a imagen y semejanza de Dios, está llamado a conducir al mundo hacia la consumación, convirtiéndolo en el hogar de la familia humana.

Pero el hombre es “un alguien” que constituye una cuestión ineludible para sí mismo, en cuanto que se manifiesta como el anhelo incontenible de infinito y la imposibilidad de saciar, desde sí mismo, el deseo natural de plenitud que anida en él⁵. En efecto, todo hombre resulta para sí mismo un problema no resuelto, al que sólo Dios da respuesta plena, llamándole a la búsqueda de la verdad⁶. En la verdad de su vida, en su conciencia, en su inclinación al pecado y en su aspiración de alcanzar la verdad, siente el influjo de sus múltiples limitaciones, la insaciabilidad de sus ilimitados deseos y la llamada a una vida superior, viéndose evocado, en numerosas ocasiones, a tener que elegir y renunciar a otras realidades, así como a padecer en sí la división y la fragmentación, que son fuente de discordias sociales⁷.

El hombre ni procede de sí mismo, ni ha elegido libremente su existencia, sino que se encuentra con ella, como un dato irrefutable, que constituye tanto un privilegio, como una obligación y una necesidad. Porque existir humanamente no sólo es pasión de ser, sino también creación de un ser, que tiene que ir haciéndose ininterrumpidamente, porque nunca puede considerarse del todo terminado. Desde su determinación originaria de ser imagen de Dios, no es una esencia cerrada sobre sí misma, que se transmite por generación, permanece invariable a lo largo del tiempo y no padece los influjos de la historia, sino que es una realidad dinámica e histórica llamada a hacerse en un contexto, en y por la relación con los otros. Es una realidad unitaria, compuesta de interioridad y comunión al mismo tiempo, cuya condición humana es la incertidumbre sustancial de quien está siempre en peligro de no ser él mismo o de dejar de

4 “La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación” (*Fides et ratio* 10).

5 J. L. Ruiz de la Peña, *Creación, gracia y salvación*, Sal Terrae, Santander 1993, p. 106.

6 “Todo hombre resulta para sí mismo un problema no resuelto, percibido con cierta obscuridad. Nadie en ciertos momentos, sobre todo en los acontecimientos más importantes de la vida, puede huir del todo el interrogante referido. A este problema sólo Dios da respuesta plena y totalmente cierta; Dios, que llama al hombre a pensamientos más altos y a una búsqueda más humilde de la verdad” (*Gaudium et spes* 21).

7 “A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente sin embargo ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas sollicitaciones, tiene que elegir y renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere hacer y deja de hacer lo que quería llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división que tantas y tan graves discordias provocan en la sociedad” (*Redemptoris hominis* 14).

ser el que es, es decir, de traicionar su propia identidad. Su destino depende de la certeza de su inseguridad y de su aspiración radical a la autorrealización, es decir, a dar cumplimiento a esa incitante profecía que cada uno es para sí mismo y que responde a sus más íntimos anhelos.

Su gran paradoja radica en que siendo por creación un ser finito llamado a la infinitud, no puede traspasar su frontera ontológica para alcanzar por sí mismo lo que está llamado a ser, que es su ser en Cristo⁸, en Quien ha sido elegido “antes de la fundación del mundo” (Ef 1,4-5) y “por Él y para Él que ha sido creado” (Col 1,16). Así, su vida transcurre en el continuo intento por poseerse en plenitud y, en él, al mundo, tratando de convertir el aparente drama de su indignancia en plenitud. Ser bajo el sentido de su propia realidad desemboca en la inquietud que le origina su instalación en su antes, ahora y después, en su pasado, presente y futuro y en su inicio, camino y destino, incrementada cuando le acompaña la angustia de carecer del sentido de sí mismo y de las posibilidades de encontrarlo, o la desesperación propia de aquel que teme que no alcanzará aquello que desea o siente el debilitamiento de la esperanza en la que encontraba sosiego.

Intrínsecamente ligado a la tierra, por su doble relación de origen y de destino, y provisto de las limitaciones de su cuerpo, lugar de mediación de encuentro, constituye un ser abierto al Tú trascendente, con Quien es capaz de establecer un diálogo vital, histórico y salvífico, como un ser libre. Más aún, está llamado a trascenderse a sí mismo en Él y a participar en su modo de ser, fin para el que ha sido creado, del que no puede desistir y que sólo puede alcanzar a través de la comunicación amorosa y gratuita de Dios.

De este modo, la consumación de su ser, que es su divinización, llamada a incoarse en el tiempo y a realizarse en el “éschaton”, sólo tiene lugar mediante la libre y gratuita auto donación de Dios, de tal forma que “lo que el hombre es por naturaleza se trasciende hacia lo que debe ser por gracia”⁹. Ésta lo capacita para

8 “Para quien así le ha querido y aceptado con todas sus potencias e integrado desde todos sus dinamismos, la existencia sin Dios aparece como decapitada en sus mejores posibilidades y privada de aquello para lo cual fue creado. Queda decapitada por dejar al hombre reducido a vivir en una desproporción destructora: la que resulta de un deseo infinito que tiene a Dios como objeto y de una reducción al propio yo finito, que es insuficiente en su poder de conquista para lo que su querer anhela alcanzar” (O. González de Cardedal, *El hombre ante Dios*, Sígueme, Salamanca 2013, p. 45).

9 “Lo que el hombre es (por naturaleza) se trascenderá hacia lo que debe ser (por gracia)... La divinización y consecución de la filiación por la gracia no es un suceso puntual, sino un proceso teleológicamente orientado hacia la consumación; tal proceso culmina y se clausura en el éschaton. Dada la constitutiva historicidad humana, no puede ser de otro modo; al hombre de la existencia temporal le es inherente el inacabamiento dentro de la historia, la autorrealización progresiva de su ser; por eso también el agraciado sigue siendo homo Viator” (*Ibidem.*, pp. 21 y 389).

disponer sobre sí mismo y para que pueda dar cabida a este amor que es Dios mismo, lo reciba como regalo y acepte la vida no como conquista y promoción autónoma, sino como don, poniendo fin a la fragmentación y al desajuste existente entre su proyecto vital y el desarrollo de su identidad y situándolo en una perfección ontológica que trasciende sus posibilidades. Su plenitud y perfección dependen de su ordenación profunda al misterio permanente de Dios, al que tiende necesariamente, desde su realidad del ser de la ilimitada trascendencia. No sólo Dios es el Tú del hombre, sino que el hombre es el tú de Dios, que encuentra en la búsqueda de su felicidad, una huella de Dios en sí mismo. Una exigencia ontológica de apertura hacia su connatural trascendencia, que corresponde a una auto manifestación y auto comunicación de Dios y supera los momentos concretos de espacio y tiempo de su historia, se extiende a toda su existencia y afecta radicalmente a todas sus dimensiones y que se opone al dualismo entre espíritu y materia, eternidad y tiempo, divinidad y humanidad, sobrenaturalidad y naturalidad.

Por eso, la razón más alta de la dignidad humana consiste en la llamada del hombre a la unión con Dios. Sólo cuando éste reconoce libremente la veracidad de esta afirmación y se confía plenamente a su Creador, alcanza la plenitud de su existencia, la cual surge como efecto del amor y es invitada a desarrollarse en el mismo. Por medio de la razón, el hombre puede conocer a Dios, a partir de sus obras. Pero existe otro tipo de conocimiento al que el hombre no puede acceder con sus fuerzas: el de la revelación divina¹⁰. A través de ella, Dios se da al hombre y revela plenamente su designio de bondad preestablecido en Cristo, a favor de todos los hombres, remitiéndose el presente escatológico de Jesús al futuro histórico y anticipándose éste en aquel, de tal forma que la escatología se hace historia y la historia se vuelve escatológica.

Dios se revela en la conciencia del hombre y manifiesta en la historia de la humanidad, “Kairós” de la salvación, su designio sobre el mundo, es decir, lo que, desde su eternidad, pensó y proyectó sobre el mismo. Este último aparece interpretado no como una magnitud estática, sino como el tiempo favorable para construir la propia historia, como historia de salvación¹¹. En particular, la

10 “Los momentos en los que se revela el designio secreto de Dios, hablamos de su Providencia. En ella Dios se manifiesta como persona real, definitivamente distinta del mundo al cual trasciende, pero al que crea, pensándolo, amándolo, asignándole un fin y al que conserva, conduciendo hacia su meta el vaivén de la historia y el aparente azar de la vida humana. Cuando Dios revela el designio de su Providencia, nos permite reconocer nuestro profundo sentido, al dejarnos entrever el misterio de nuestro destino y el modo cómo accedemos a él” (K. Rahner, *Curso fundamental sobre la fe. Introducción al concepto de cristianismo*, Barcelona 1979, p. 51).

11 “Por designio de Dios entendemos lo que Dios, desde su eternidad, pensó y proyectó con pensamiento creador sobre el mundo. Y entendemos “mundo”, no como una magnitud estática, fija determinada, sino como el mundo de la historia, que está originándose históricamente de cara

historia personal es una sucesión de hechos pasados, presentes y futuros, que se convierte en la síntesis de toda la historia de la salvación, constituida por diversos modelos de comprensión y distintas imágenes de Dios y de su acción en la historia de cada hombre¹².

En su tensión trágica entre el no ser, ni poder ser más que hombre y el inevitable tender a superarse a sí mismo, anida en él, el deseo de conocer la verdad, sin la cual “el hombre se mueve en el vacío, su existencia se convierte en una aventura desorientada y su emplazamiento en el mundo resulta inviable”¹³. Este deseo constituye un don de Dios, que lo conduce hacia el conocimiento de Él, para que “conociéndolo y amándolo, pueda descubrirse y alcanzar así la plena verdad sobre sí mismo”¹⁴. Por eso, el distanciamiento, la indiferencia o la negación del hombre hacia Dios, lo presentan como aquel que buscándose a sí mismo y anhelando su plena realización, se aleja de sí, enajenándose de su ser criatura y, al mismo tiempo, mostrando las limitaciones correspondientes a su condición como tal. De este modo, las aspiraciones de la vida humana quedan reducidas a las posibilidades y necesidades del hombre, a su afán de autosuficiencia y su aceptación o no de lo conocido por medio de los sentidos, erigiéndose a sí mismo como la única voz dentro de lo que le aparece como lo único definitivamente real.

Pero más allá de su ensimismamiento, el hombre está esencialmente religado a los otros y a aquello que le precede, que le permiten tomar conciencia de su unicidad respecto lo existente. La presencia divina, aún en la intemperie de la existencia sin Dios, puede vivirse como la experiencia amorosa de aquel que, llegando al extremo del desamor, que es la negación de la existencia del

a la promesa del mundo nuevo; él es el despliegue de la historia del hombre, la historia absoluta y radicalmente nueva de cada persona humana, trenzada e intercomunicada con las historias, también absolutas y radicalmente nuevas de otras personas, generando así el mundo humano, la historia” (J. C. Rey García Paredes, *Misión de la vida religiosa*, Madrid 1982, p. 49).

12 “La historia personal es una sucesión de hechos pasados, presentes y futuros. Pero la sucesión de la biografía personal la leemos en el contexto de modelos diferentes de comprensión de la historia de salvación. La vamos engarzando en la historia de la salvación de Dios. Pero hay diferentes modelos de comprensión de la historia salvífica. Hay distintas imágenes de Dios y de su acción en nuestra historia personal y colectiva...” (B. Fernández Prado, “Pasión por Dios e historias de vida”, en AA. VV., *Obediencia. Pasión por Dios en tiempos precarios*, pp. 269-270).

13 CEE, LIII Asamblea Plenaria, *La verdad os hará libres, Instrucción pastoral sobre la conciencia cristiana ante la actual situación moral de nuestra sociedad*, Madrid 1990, n. 37.

14 “La fe y la razón (*Fides et ratio*) son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo” (*Fides et ratio*, palabras introductorias).

otro, se descubre amado por quien negó. Pero también puede padecerse como la ausencia dolorosa, de quien vive tan desarraigado de sí mismo, que aún no aprendió que la vida no se alcanza sin salir de uno mismo, sino en el reconocimiento del otro y la entrega de la vida.

El descubrimiento de dicha presencia despierta el agradecimiento o la súplica del hombre hacia su Creador que, vivida consciente o inconscientemente, lo llama a desplegar su existencia en el tiempo, siendo en el presente “por lo que ha sido y para lo que será”, por lo que su futuro brota de lo que ha sido gestado y realiza lo que potencialmente está presente. En este tránsito del ser al ser en plenitud, el hombre se manifiesta como el caminante que peregrina en la historia, acompañado por la brújula de sus certezas e inseguridades, en búsqueda del sentido último y de la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Un ser hambriento de luz, que busca iluminar hasta los lugares más recónditos de su existencia, para visibilizar íntegramente su pasado, alumbrar plenamente su presente y otear con claridad su futuro. Un ser finito con sed de infinito¹⁵, incapaz de explicar en su totalidad la evidencia y complejidad de su existencia y que se halla emplazado en su propio sentido de ser, que aparece como revelación y misterio, pregunta y respuesta, pensado desde la racionalidad, el sentimiento y la pasión, lo soñado y lo imposible necesario.

Se mueve en su empeño de retenerse, aceptarse y desarrollarse en hombre y sólo en hombre, para evitar el riesgo de desaparecer o de irse perdiendo en el camino y afrontar así su miedo a no continuar como tal en la eternidad. Pero también, se pone en movimiento bajo el deseo de traspasar los límites de su existencia tratando de convertirse en Dios, interrogándose sobre su anhelo de plenitud, que le fascina y le hace sentir impotente ante aquello que desconoce y lo supera. Envuelto por el miedo a lo desconocido y sus consecuentes múltiples intentos de mantenerse lejos de toda amenaza, aturdido por el desconcierto ante sus múltiples preguntas sin contestar y cansado de elaborar explicaciones que parecen alejarse de la realidad y sumirlo más en la perplejidad, necesita

15 “El poder de la autotranscendencia infinita hace manifiesto el hecho de que el hombre pertenece a aquello que está más allá del no ser, es decir, al ser en sí. La presencia potencial de lo infinito, como autotranscendencia ilimitada, es la negación del no ser. El hecho de que el hombre no se sienta nunca satisfecho de ninguna etapa de su desarrollo finito, el hecho de que nada finito le pueda detener, aunque la finitud sea su destino, indica la indisoluble vinculación de todo lo finito al ser en sí. El ser en sí no es la infinitud, es lo que se halla más allá de la polaridad de finitud y autotranscendencia infinita. El ser en sí se manifiesta al ser finito en el impulso infinito de lo finito por trascenderse a sí mismo. Pero no podemos identificar al ser en sí con la infinitud, es decir, con la negación de la finitud. El ser en sí precede a lo finito y precede a la negación infinita de lo finito” (P. Tillich, *Teología Sistemática, I. La razón y la revelación. El ser y Dios*, Salamanca 1981, pp. 247-248).

descubrirse enraizado en la historia, caminar en tierra firme y mirar hacia un horizonte que le permita soñar y proyectar, más allá del ritmo frenético¹⁶, que le priva del tiempo para encontrarse consigo mismo, con los otros y con la realidad circundante. Su deseo de felicidad se ve a menudo truncado por el desasosiego y la resignación, que le llevan a conformarse con aquellas pequeñas luces del camino¹⁷, que muestran sólo una limitada parte de la realidad o la iluminan sólo fugazmente, permaneciendo como aquel que ocupa un espacio y se sitúa bajo las coordenadas del tiempo, pero que aún no ha visto la luz del vivir, la ilusión del despertar y la alegría de renacer en cada instante.

Sin embargo, frente a esta presentación del hombre, no exenta de realismo, su búsqueda del sentido último y de la verdad definitiva de su existencia y del mundo constituye, como afirma Benedicto XVI, un “preámbulo de la fe”, ya que lo lleva al camino que conduce al misterio de Dios. A través de la fe y de la razón humana, que lleva inscrita en sí la exigencia del sentido¹⁸, el hombre se eleva hacia la verdad, bajo una invitación continua a ponerse en camino con el corazón lleno de júbilo hacia Aquel que le invita a su encuentro, contemplando su existencia como radical contingencia y de que debe retornar libremente a su fundamento y fuente del ser.

Mediante un continuo movimiento, el hombre alcanza al Tú absoluto, soporte de su origen y su meta, cuya adhesión expresa a través de la fe, una entrega, que hace del hombre “formal y constitutivamente experiencia de Dios, quien

16 “A veces la velocidad del mundo moderno, lo frenético nos impide escuchar bien lo que dice otra persona. Y cuando está a la mitad de su diálogo, ya lo interrumpimos y le queremos contestar cuando todavía no terminó de decir. No hay que perder la capacidad de escucha. San Francisco de Asís escuchó la voz de Dios, escuchó la voz del pobre, escuchó la voz del enfermo, escuchó la voz de la naturaleza. Y todo eso lo transforma en un estilo de vida” (*Fratelli tutti* n. 48).

17 “La fe se ha visto así como un salto que damos en el vacío, por falta de luz, movidos por un sentimiento ciego; o como una luz subjetiva, capaz quizá de enardecer el corazón, de dar consuelo privado, pero que no se puede proponer a los demás como luz objetiva y común para alumbrar el camino. Poco a poco, sin embargo, se ha visto que la luz de la razón autónoma no logra iluminar suficientemente el futuro; al final, éste queda en la oscuridad, y deja al hombre con el miedo a lo desconocido. De este modo, el hombre ha renunciado a la búsqueda de una luz grande, de una verdad grande, y se ha contentado con pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero que son incapaces de abrir el camino” (*Lumen fidei* n. 3).

18 “Por otra parte, no podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico «preámbulo» de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de lo que vale y permanece siempre” (*Porta fidei* n. 10).

posee una forma universal de ser experiencial para todo hombre¹⁹. Nacida del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede²⁰, la fe es un don sobrenatural recibido de Éste, que revela al hombre su condición de criatura. Ésta recibe de Dios el ser y la vida como don y tarea²¹ y, además, es capaz de transformar su mirada sobre la realidad, yendo más allá de los sentidos y de la lógica humana, haciendo memoria de la vida de Jesús²², cuyo amor vence hasta la muerte. Por eso, la fe es la luz que orienta su camino en el tiempo y la llama ardiente que lo impulsa a anunciar la Palabra de Dios que le dio la vida y lo mantiene en la misma, superando al “yo” aislado, para conducirlo hacia la comunión, reconociendo en cada rostro humano el rostro de Cristo y manifestando el darse a sí mismo como tarea y ámbito de realización plena de la libertad²³.

Todos los interrogantes acerca de la misión del ser humano, reciben una respuesta genérica, dentro de este planteamiento antropológico, que abarca a la misión de la persona, como un auto trascenderse aplicado a su deseo de comunión con Dios y, a través de Él, con toda la realidad. La búsqueda religiosa se convierte así en uno de los signos más identificativos del ser humano, del que

19 “El hombre es formal y constitutivamente experiencia de Dios. Y esta experiencia de Dios es la experiencia radical y formal de la propia realidad humana. La marcha real y física hacia Dios no es sólo una intelección verdadera, sino que es una realización experiencial de la propia realidad humana en Dios Zubiri” (X. Zubiri, “El problema teológico del hombre”, en A. Vargas Machuca, *De Teología y mundo contemporáneo. Homenaje a K. Rahner*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1975, p. 61).

20 “La nueva lógica de la fe está centrada en Cristo. La fe en Cristo nos salva porque en él la vida se abre radicalmente a un Amor que nos precede y nos transforma desde dentro, que obra en nosotros y con nosotros” (*Lumen fidei* n. 20).

21 “Es esencial pues que el hombre reconozca la evidencia original de su condición de criatura, que recibe de Dios el ser y la vida como don y tarea. Sólo admitiendo esta dependencia innata en su ser, el hombre puede desarrollar plenamente su libertad y su vida y, al mismo tiempo, respetar en profundidad la vida y libertad de las demás personas” (*Evangelii vitae* n. 96).

22 “La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo. Por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes, y nos lleva más allá de nuestro «yo» aislado, hacia la más amplia comunión” (*Lumen fidei* n. 4).

23 “Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida. Sostenidos por la fe, miremos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia” (*Fratelli tutti* n. 14).

depende el sentido de su vida y, en definitiva, la riqueza de su “yo”, el cual se afirma en su relación con los demás y en un grado supremo con su Creador.

2. LA FE COMO MEMORIA DE LA PROMESA DE VIDA QUE DESPIERTA LA PALABRA PRONUNCIADA POR DIOS

La historia de la salvación es el conjunto de acontecimientos por los cuales Dios realiza su designio inefable de creación y salvación del mundo y de la humanidad. Situándose al final del plano de la salvación, en el momento de su plena consumación, es como puede entenderse su origen, su desarrollo total y lo que determina su movimiento interno. El futuro absoluto es Dios mismo, Quien en absoluta donación, abraza a todo, como consumación y afirmación del mundo y del hombre. El designio del Padre es recapitular todas las cosas en Cristo²⁴, origen y sostén, que lo unifica todo y hacia el que todo devenir histórico tiende como a su fin supremo y causa final. A través del don de la humanidad de Jesús, Dios se revela plenamente a la humanidad, viene en Persona a hablar de sí al hombre y le muestra el camino por el cual es posible alcanzarlo, señalando las posibilidades y metas a su devenir y convirtiendo al tiempo en su dimensión divina de eternidad.

Gracias a esa intervención personal de Dios en el tiempo de los hombres, la historia humana cesa de ser por sí misma una sucesión de hechos, a los que la muerte pondría fin paradójicamente, para adquirir sentido, desde su orientación al acontecimiento central: Jesucristo. El misterio de la epifanía, manifestación, y el misterio de pascua, paso salvador, revelan al Dios que se da salvando y salva dándose, e invitan a entrar en el misterio de Cristo, adhiriéndose vitalmente a su Persona. En términos generales, se puede afirmar que seguir a Jesucristo es ser llamados personalmente por Él (vocación), para vivir con Él y con sus seguidores (comunión), viviendo como Él y perpetuando su mismo quehacer en el mundo (misión).

La historia se presenta así como designio unificado, que encuentra su centro en la encarnación, continuación y recapitulación de la creación entera, por obra

24 “El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. Él es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y de muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: “Restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra” (*Gaudium et spes* n. 45).

de Aquel mediante el cual ha visto la existencia²⁵. El hacerse del hombre acontece en la creación, como el lugar en el que se desarrolla la historia de amor entre Dios y su criatura, acogiendo el don de Éste en la escucha de su Palabra, la cual lo introduce en la exigencia de la ley escrita en el corazón, que lo llama a hacer el bien²⁶. Éste constituye la razón misma de la vida y desde donde ésta se realiza, comprometiendo al hombre a construir su existencia personal y social no desde realidades efímeras, sino desde su verdadero fundamento.

En esta historia de amor, la comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, a través de un proceso de maduración continuado en el tiempo, que abarca al hombre en su integridad, de modo que la voluntad de Dios no es considerada como un deber que cumplir, ajeno al hombre, sino que éste se descubre a sí mismo en Dios, se abandona confiadamente en Él y lo experimenta dentro de sí más que a sí mismo²⁷. Es un proceso continuado en el aquí y ahora, en el que la experiencia de ser amado desborda de alegría al hombre, quien reconoce y asiente desde su libertad al Dios viviente en un único acto de amor en el que participan el entendimiento, la voluntad y el sentimiento.

De este modo, la fe no es la adhesión meramente racional a una serie de verdades, sino que se convierte en memoria de la promesa ligada a la esperanza que despierta la Palabra pronunciada por Dios, inscrita desde siempre en el corazón del ser humano, que llama a cada hombre por su nombre, lo interpela a salir de su propia tierra, sin olvidar su pertenencia a la misma y sin dejar de actualizarla, y establece una alianza con él en el éxodo hacia una

25 “La encarnación es esencialmente histórica, incluye el proceso de asumir, experimentar, compartir, convivir una historia de hombre. La encarnación incluye el proceso de hacerse sucesivamente hombre. Y hacerse hombre como nosotros implica asumir nuestra condición de hombres. Asumir nuestra libertad finita, propia del homo viator. Asumir la temporalidad y la historicidad. Asumir la finitud y la mortalidad” (B. FERNÁNDEZ, *El Cristo del seguimiento*. Madrid 1995, pp. 251-252).

26 “En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla” (*Gaudium et spes* n. 16).

27 “La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría” (*Deus caritas est* n. 17).

tierra nueva y un futuro inesperado, conforme va caminando hacia adelante adentrándose en la Palabra²⁸. Es signo de la apertura agradecida y confiada del hombre a la intervención salvadora de Dios en su historia, cuya inquebrantable fidelidad supera las limitaciones inherentes a su condición de criatura, erigiéndose como roca firme y sólido fundamento, frente a toda amenaza o peligro, iluminando las raíces más profundas de su ser y dando lugar a una nueva vida, que procede de la llamada y del amor del Creador²⁹. Es anuncio del Dios vivo y cercano, que invita al hombre a entrar en comunión con El, acogiéndolo, liberándolo de su miseria, invitándole a cambiar el rumbo de su vida³⁰ y ofreciéndole trascenderse a sí mismo, dotando de sentido su vida y de unidad a su existencia y revelándole progresivamente su rostro en el tiempo de la promesa.

La fe manifiesta el encuentro vital acontecido mediante la gracia entre el amor infinito de Dios, que se da al hombre, y éste, que en su indigencia, se ha trascendido hacia Dios, siendo transformado por la presencia infinita de Dios en él. Es un acto de amor que nace de la interpelación divina y la libre respuesta humana, por el que el hombre se entrega libremente a Dios, bajo la adhesión a su persona, expresada en su voluntad de seguimiento vivida en la esperanza, la admisión de su testimonio y el anuncio de su mensaje. Es la respuesta de obediencia del hombre al Dios que se da a conocer desde su trascendencia, reconociéndolo en su divinidad y asintiendo plena y confiadamente a la verdad de lo revelado³¹, que lo conduce a la esperanza de la vida sin término, recono-

28 “Lo que esta Palabra comunica a Abrahán es una llamada y una promesa. En primer lugar es una llamada a salir de su tierra, una invitación a abrirse a una vida nueva, comienzo de un éxodo que lo lleva hacia un futuro inesperado. La visión que la fe da a Abrahán estará siempre vinculada a este paso adelante que tiene que dar: la fe «ve» en la medida en que camina, en que se adentra en el espacio abierto por la Palabra de Dios” (*Lumen fidei* n. 9).

29 “La fe entiende que la palabra, aparentemente efímera y pasajera, cuando es pronunciada por el Dios fiel, se convierte en lo más seguro e inquebrantable que pueda haber, en lo que hace posible que nuestro camino tenga continuidad en el tiempo. La fe acoge esta Palabra como roca firme, para construir sobre ella con sólido fundamento” (*Lumen fidei* n. 10).

30 “La lección de la historia del milenio que estamos concluyendo testimonia que éste es el camino a seguir: es preciso no perder la pasión por la verdad última y el anhelo por su búsqueda, junto con la audacia de descubrir nuevos rumbos. La fe mueve a la razón a salir de todo aislamiento y a apostar de buen grado por lo que es bello, bueno y verdadero. Así, la fe se hace abogada convencida y convincente de la razón” (*Fides et ratio* n. 56).

31 “Desde la fe el hombre da su *asentimiento* a ese testimonio divino. Ello quiere decir que reconoce plena e integralmente la verdad de lo revelado, porque Dios mismo es su garante. Esta verdad, ofrecida al hombre y que él no puede exigir, se inserta en el horizonte de la comunicación interpersonal e impulsa a la razón a abrirse a la misma y a acoger su sentido profundo” (*Fides et ratio* n. 13).

ciéndose a sí mismo como un ser abierto hacia la consecución de la plenitud añorada como culminación de sus aspiraciones. En dicha respuesta subyace la manifestación de la vida humana como comunicación interpersonal entre el Creador y la criatura y comunicación con todo lo creado³², don de Dios, fruto y signo de su amor, que el hombre está llamado a acoger desde la razón y a realizar desde la libertad, alcanzando la certeza de la verdad y viviendo en la misma. En su unión intrínseca con la verdad, como pregunta sobre el origen de todo, sobre la meta y el sentido del camino, la fe ilumina el pensamiento humano y responde al hombre en su necesidad de conocimiento y de verdad, traspassando su deseo de felicidad³³.

La fe es el abrazo del hombre a la verdad que se le ha revelado y su entrega confiada al Dios misericordioso, que se pone en camino hacia el hombre, alcanzando su culmen de cercanía en Jesús, Palabra encarnada. La palabra divina por la que Dios creó y se reveló al principio se ha encarnado en Jesucristo, por quien la creación y la revelación de Dios llegan a su plenitud³⁴. Cristo, el Verbo encarnado, en la revelación del misterio del Padre y de su amor, “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” de participar en el misterio de la vida trinitaria, rebasando su estructura nativa, mediante la comunicación gratuita y amorosa de Dios³⁵. Él se hace presente en la historia como pilar sobre el que se asienta la realidad y su destino, capaz de transformar

32 “Cuando Dios crea a Adán, no crea una naturaleza entre otras, ni una cosa entre otras, sino a su «tú». Y lo crea llamándolo por su nombre, poniéndolo ante sí como ser responsable (= dador de respuesta), sujeto e interlocutor de un diálogo interpersonal. Crea, en suma, no un mero objeto de su voluntad, sino un ser co-rrespondiente, capaz de responder al «tú» divino, porque es capaz de responder del propio yo; crea una persona” (J. L. Ruiz de la Peña, *Creación, gracia y salvación*, p. 66).

33 “En efecto, la pregunta por la verdad es una cuestión de memoria, de memoria profunda, pues se dirige a algo que nos precede y, de este modo, puede conseguir unirnos más allá de nuestro «yo» pequeño y limitado. Es la pregunta sobre el origen de todo, a cuya luz se puede ver la meta y, con eso, también el sentido del camino común” (*Lumen fidei* n. 25).

34 “Él es la *Palabra eterna*, en quien todo ha sido creado, y a la vez es la *Palabra encarnada*, que en toda su persona revela al Padre (cf. *Jn* 1, 14.18). Lo que la razón humana busca «sin conocerlo (*Hch* 17, 23), puede ser encontrado sólo por medio de Cristo: lo que en Él se revela, en efecto, es la «plena verdad» (cf. *Jn* 1, 14-16) de todo ser que en Él y por Él ha sido creado y después encuentra en Él su plenitud (cf. *Col* 1, 17)” (*Fides et ratio* n. 34).

35 “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (*Gaudium et spes* n. 22).

el mundo e iluminar el tiempo³⁶, asumió y transformó la debilidad humana con su vida, pasión, muerte y resurrección y llevó a la ley a su plenitud, liberando al hombre del pecado y, capacitándole a través de la gracia, a la participación en la vida divina. Pero también la fe abraza al hombre, poniéndolo en camino hacia el Dios fiel que sorprende siempre, mediante el encuentro con Cristo, en el que se encuentran la obediencia del hombre a Dios, que se realiza desde la libertad, y la misericordia de Dios al hombre, que se da desde la gratuidad.

De este modo, la revelación orienta al hombre como peregrino en la tierra hacia la consumación de la historia humana, la cual consiste en “restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra”, y constituye la última posibilidad que Dios le ofrece para encontrar en plenitud el proyecto originario de amor iniciado con la creación³⁷. Es el fundamento de toda la realidad y anticipación, en nuestra historia, de la visión última y definitiva de Dios a los que creen en Él o lo buscan con corazón sincero, siendo Cristo “el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones”³⁸.

Cristo acoge a todo hombre, revelándole quién es el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre³⁹, su pequeñez y grandeza y su anhelo y nostalgia del Infinito frente a su condición de criatura. Visibiliza al Eterno dándosele al hombre en su ofrecimiento de hacerle partícipe de su divinidad y hace presente a la realidad del prójimo y al misterio de Dios, como diferente del hombre y,

36 “La fe cristiana es, por tanto, fe en el Amor pleno, en su poder eficaz, en su capacidad de transformar el mundo e iluminar el tiempo. «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn 4,16). La fe reconoce el amor de Dios manifestado en Jesús como el fundamento sobre el que se asienta la realidad y su destino último” (*Lumen fidei* n. 15).

37 “En efecto, superando el estadio de la simple creencia la fe cristiana coloca al hombre en ese orden de gracia que le permite participar en el misterio de Cristo, en el cual se le ofrece el conocimiento verdadero y coherente de Dios Uno y Trino. Así, en Jesucristo, que es la Verdad, la fe reconoce la llamada última dirigida a la humanidad para que pueda llevar a cabo lo que experimenta como deseo y nostalgia” (*Fides et ratio* n. 33).

38 “El hombre religioso intenta reconocer los signos de Dios en las experiencias cotidianas de su vida, en el ciclo de las estaciones, en la fecundidad de la tierra y en todo el movimiento del cosmos. Dios es luminoso, y se deja encontrar por aquellos que lo buscan con sincero corazón... Al configurarse como vía, la fe concierne también a la vida de los hombres que, aunque no crean, desean creer y no dejan de buscar. En la medida en que se abren al amor con corazón sincero y se ponen en marcha con aquella luz que consiguen alcanzar, viven ya, sin saberlo, en la senda hacia la fe” (*Lumen fidei* n. 35).

39 “Cristo: Él nos dice quién es en realidad el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre. Él nos indica el camino y este camino es la verdad. Él mismo es ambas cosas, y por eso es también la vida que todos anhelamos” (*Spe salvi* n. 6).

a su vez, en sí mismo. Sana las heridas más dolorosas de su existencia terrena, lo interpela desde su libertad y le permite reconocer su misterio y confesarlo como Hijo de Dios, en Quien se cumplen definitivamente todas las promesas. Le concede el don de su gracia, manifestando con su resurrección el triunfo de la vida sobre la muerte y el anuncio de “un cielo y una tierra nuevos”. Le indica el camino a seguir para llegar a la comunión plena con el Creador, presentándose a sí mismo como “el Camino, la Verdad y la Vida”. Se trata de la vida eterna, “la vida misma de Dios y la vida de los hijos de Dios”, a la que todo hombre es llamado gratuitamente en el Hijo por obra del Espíritu⁴⁰. Consiste en acoger al misterio de la comunión de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para “ser engendrados por Dios y participar de la plenitud de su amor (1 Jn 3, 12-13)”⁴¹, desde el respeto de la autonomía de la criatura y su libertad⁴².

Por su parte, el hombre reconoce a Jesucristo como el gran Amor que le ha sido dado y la Palabra que se le ha dirigido, tomando conciencia del amor de Dios y de su orientación hacia sí, recibiendo el ser filial de una nueva criatura, que se hace hijo en el Hijo y abriéndose a Dios, como origen de la bondad y fuente de la justicia. Jesús, Palabra encarnada, transforma e ilumina el camino de la vida, haciéndola fecunda y transforma la unión entre la fe, esperanza y caridad, en “el dinamismo de la existencia hacia la comunión plena con Dios”⁴³. Mediante la fe, el hombre reconoce a Cristo como el Señor, se mantiene en Él y descubre su rostro cada vez que se hace próximo del otro⁴⁴, sobre todo de los protagonistas del Reino de Dios, los pobres, marginados y oprimidos. A través de la esperanza, la

40 “Por tanto, la vida eterna es la vida misma de Dios y a la vez la *vida de los hijos de Dios*. Un nuevo estupor y una gratitud sin límites se apoderan necesariamente del creyente ante esta inesperada e inefable verdad que nos viene de Dios en Cristo” (*Evangelium vitae* n. 38).

41 *Evangelium vitae* n. 37.

42 “La verdad de la Revelación cristiana, que se manifiesta en Jesús de Nazaret, permite a todos acoger el «misterio» de la propia vida. Como verdad suprema, a la vez que respeta la autonomía de la criatura y su libertad, la obliga a abrirse a la trascendencia. Aquí la relación entre libertad y verdad llega al máximo y se comprende en su totalidad la palabra del Señor: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (*Jn* 8, 32)” (*Fides et ratio* n. 15).

43 “En la fe, don de Dios, virtud sobrenatural infusa por él, reconocemos que se nos ha dado un gran Amor, que se nos ha dirigido una Palabra buena, y que, si acogemos esta Palabra, que es Jesucristo, Palabra encarnada, el Espíritu Santo nos transforma, ilumina nuestro camino hacia el futuro, y da alas a nuestra esperanza para recorrerlo con alegría. Fe, esperanza y caridad, en admirable urdimbre, constituyen el dinamismo de la existencia cristiana hacia la comunión plena con Dios” (*Lumen fidei* n. 7).

44 “El amor inagotable del Padre se nos comunica en Jesús, también mediante la presencia del hermano. La fe nos enseña que cada hombre es una bendición para mí, que la luz del rostro de Dios me ilumina a través del rostro del hermano” (*Lumen fidei* n. 54).

razón y la voluntad humana, el hombre fortalece su compromiso en favor del bien y aguarda el nacimiento de una nueva humanidad, en la que habite la justicia⁴⁵.

El hombre sólo puede entenderse desde esta única clave que le ha sido dada, la cual le revela su estado original de perfección a imagen de Dios y, al mismo tiempo, se convierte a Cristo, en el interlocutor contemporáneo para cada creyente⁴⁶. Está llamado, a abrirse a la plenitud, a través de una fe en Jesús, que viene interpretada no como una conclusión de los conocimientos históricos, sino como una decisión libre, basada en ellos, la cual comporta el riesgo de la obediencia, es decir, de existir y de crecer. Así, la existencia humana se convierte en un proceso de transformación en Jesucristo, a través de una metamorfosis, que otorga un nuevo sentido al desarrollo vital⁴⁷. Como dice Pablo en *Gal. 2, 20*: “ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Esta vida en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí”. De este modo, la existencia cristiana se define como una obediencia radical a Dios y su mediador por excelencia, Jesucristo, quien, a través de su obediencia al Padre, expresión máxima de su amor, nos hace pasar de la muerte a la vida y nos hace vivir en Él (*Rom 5,19*).

La esencia de la libertad del hombre, es decir, de su autodeterminarse en orden al fin, está profetizada en su haber sido creado a imagen y semejanza de Dios y es realizada plenamente en Jesucristo, en Quien, mediante la efusión del Espíritu, y se realiza de manera perfecta, sin confusión, la unidad de Dios con el hombre.

El hombre se adhiere a Dios como bien absoluto, belleza divina y verdad trascendental y responde al presentarse gratuito de Cristo, siendo atraído por el Padre e impulsado por el Espíritu Santo, de modo que su vida es concebida como “llamada en Cristo. Su unión con Él lo convierte en destinatario de una donación plena del Padre en Jesucristo y, a través de Él, del Espíritu del Padre y del Hijo. Esta unión de Cristo con el hombre es en sí misma “un misterio, del que nace el hombre nuevo, llamado a participar en la vida de Dios”⁴⁸, creado

45 “Sostenidos por la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando «unos cielos y una tierra nuevos en los que habite la justicia»” (*Porta fidei* n. 14).

46 “Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época” (*Lumen gentium* n. 10).

47 “¡No os olvidéis que vosotros, de manera muy particular, podéis y debéis decir no sólo que sois de Cristo, sino que habéis «llegado a ser Cristo mismo»” (*Vita consecrata* n. 109).

48 “Esta unión de Cristo con el hombre es en sí misma un misterio, del que nace el «hombre nuevo», llamado a participar en la vida de Dios, creado nuevamente en Cristo, en la plenitud de la gracia y verdad. La unión de Cristo con el hombre es la fuerza y la fuente de la fuerza, según la incisiva expresión de San Juan en el prólogo de su Evangelio: «Dios dioles poder de venir a ser hijos»” (*Redemptoris hominis* n. 18).

nuevamente en Cristo, Quien como el Hijo Eterno del Padre, posee la fuerza de comunicación de la eternidad divina. Es la fuerza y la fuente de la fuerza, que transforma interiormente al hombre, como principio de una vida nueva que dura hasta la vida eterna y que es el cumplimiento definitivo de su vocación⁴⁹.

El hombre está llamado a la vida sin fin, que es mucho más que un existir en el tiempo y en el espacio. Su vida es “tensión de vida” y realidad sagrada que se le confía, para que la cuide con responsabilidad y la lleve a perfección en el amor. Tiene su procedencia en Dios, es iluminada por la fe, se renueva por el don de la vida divina y alcanzará su plenitud, fin y destino, en la eternidad. Dicha plenitud consiste en la comunión con Dios en su conocimiento y amor, que va creciendo desde la vida terrena del hombre y es deseada instintivamente por éste, como el “germen de una existencia que supera los mismos límites del tiempo”, asumiéndolo y conduciéndolo hacia su destino último⁵⁰.

La verdad de Dios, comprendida como la misma realidad de Dios, la plenitud de su vida comunicada a los hombres a los que asocia a su intimidad personal y a su potencia activa, recibida por la fe, obedeciendo, amando y realizando la palabra de Jesús, engendra libertad en el hombre, no sólo de las necesidades inmediatas, sino frente a la mentira, la muerte, la desesperanza y al sinsentido. La vida cristiana es la respuesta libre a la libre oferta del don gratuito de Dios dándosele, que le concede la nueva capacidad de vivir recibida de Dios en Cristo y que es la participación en su divina plenitud por la integración en la propia relación entre Padre e Hijo. Dicha vida se descubre como vocación a la libertad (Gal 5), que va más allá de la suficiencia, indiferencia y distancia ante el destino y los poderes del mundo. El cristiano encuentra la libertad verdadera por el don sin reservas de sí mismo a Dios y al prójimo, sintiéndose sólidamente enraizado en Dios y desligado ante todo lo penúltimo, esto es, ante las realidades de este mundo, particularmente aquellas que corrompen al hombre⁵¹.

49 “Esta es la fuerza que transforma interiormente al hombre, como principio de una vida nueva que no se desvanece y no pasa, sino que dura hasta la vida eterna” (*Redemptoris hominis* n. 18).

50 “Sólo el hombre, entre todas las criaturas visibles, tiene «capacidad para conocer y amar a su Creador». La vida que Dios da al hombre es mucho más que un existir en el tiempo. Es tensión hacia una plenitud de vida, es *germen de una existencia que supera los mismos límites del tiempo*: «Porque Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza” (*Sb 2, 23*) (*Evangelii vitae* n. 34).

51 “Al mismo tiempo, esta llamada sobrenatural subraya precisamente el *carácter relativo* de la vida terrena del hombre y de la mujer. En verdad, esa no es realidad «última», sino «penúltima»; es *realidad sagrada*, que se nos confía para que la custodiamos con sentido de responsabilidad y la llevemos a perfección en el amor y en el don de nosotros mismos a Dios y a los hermanos” (*Evangelium vitae* n. 2).

Vivir no es el permanecer ensimismado buscando el mero desarrollo personal en clave existencial ni convertir al existir en un espacio de relaciones con los demás, sino hacer de la propia existencia el “lugar de la manifestación de Dios, del encuentro y de la comunión con El”⁵². Cada instante de la vida es un tiempo de gracia, que el cristiano debe de vivir en fidelidad a su historia de amor con Dios, sustentado en la presencia y acción del Espíritu Santo y bajo la convicción de una fe que plenifica la vida, la reaviva y desvela su horizonte y que está llamado a confesarla en su unidad e integridad, dando testimonio de Ella. Por eso, está llamado a “renovar continuamente el encuentro personal con Jesucristo o, al menos, el dejarse encontrar por Él”⁵³, para escuchar sus palabras de vida: “lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros” (1 Jn 1, 1-3).

Si la vida es el valor supremo en cuanto lugar de la comunión con Dios, el desarrollo de la existencia al margen de Dios es una invocación a la muerte. Ésta es negación de la vida, es el culmen del misterio de la condición humana, en la que “el hombre se siente atormentado por el dolor, la progresiva disolución del cuerpo y el temor de la extinción perpetua”⁵⁴, pero además es la expropiación de su ámbito de relación con el Dios vivo. Es “la crisis suprema de la existencia del hombre”, que manifiesta el amor de Dios, que es por su propia naturaleza incondicionado y entraña una promesa de eternidad que se cumple en plenitud en la resurrección⁵⁵.

52 “Poder hacer de la propia existencia el «lugar» de la manifestación de Dios, del encuentro y de la comunión con El. La vida que Jesús nos da no disminuye nuestra existencia en el tiempo, sino que la asume y conduce a su destino último: «Yo soy la resurrección y la vida...; todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás» (Jn 11, 25.26)” (*Evangelium vitae* n. 38).

53 “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso” (*Evangelium Gaudium* n. 3).

54 “El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreducible a la sola materia, se levanta contra la muerte. Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sea, no pueden calmar esta ansiedad del hombre: la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano” (*Gaudium et spes* n. 18).

55 J. L. Ruiz de la Peña, *La Pascua de la creación. Escatología*, BAC, Madrid 1996, p. 168.

La muerte no se reduce a la dimensión natural inherente a la dimensión biológica del ser humano, si no que se abre paso a su dimensión personal en la que el hombre es su autor y su sujeto, ya que la vive anticipadamente por el sentido o sinsentido que le confiere a la misma. El acto de morir es un acto de fe o de incredulidad, que es vivido como cumplimiento de la existencia, en el que acontece la confesión del Dios vivo, desde el reconocimiento del sentido de la vida y la aceptación esperanzada de la condición humana, o como castigo y emergencia de la culpa, que procede de la incompreensión o no aceptación de la existencia pecadora y de la desesperación y la impotencia que brota en el hombre como consecuencia de la realidad devastadora de la muerte. En la resurrección de Cristo “el ser para la muerte” se retrotrae a la vocación originaria de “ser para la vida”, de tal forma que la muerte ya no es fin y término, sino tránsito y pascua, pasando de la existencia provisional a la existencia definitiva en la fe en el Dios vivo. Cuando el hombre sólo camina dentro de sí, la muerte rompe su caminar y se presenta como amenaza inevitable y violencia inferida desde fuera de su no ser más. Pero cuando el camino lo encuentra en Cristo, la vida se vive como donación, considera el tránsito de la muerte como una realidad que se desprende de su estructura ontológica de hombre, creado para la salvación y se muere en Dios, entregándole la vida como un acto de amor⁵⁶.

3. LA VIDA COMO VOCACIÓN VIVIDA DESDE LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD

Toda época humana tiene una relación con su pasado. Sus visiones e impulsos o bien surgen de la superación y ruptura crítica de los anteriores, o de un intento de restauración de la tradición, bajo la nueva óptica de su presente. El significado de la historia recibe el impacto directo de su crítica. Porque el pasado nunca asienta sus bases entre las futuras generaciones, ya que por bueno que fuese en su momento, no justifica su permanencia cuando todas las circunstancias han cambiado. Como decía J. H. Newman: “el presente es un texto y el pasado, su interpretación”⁵⁷.

El hombre espera, dirige su futuro y lo planifica, exponiéndose a cada paso a la imprevisibilidad. La diferencia entre lo que es y lo que está llamado a ser es el principio dinámico del desarrollo histórico, que mantiene abierta la expectativa del fin⁵⁸. Su vida es un recorrido en el que se busca a sí mismo y en

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 266-269.

⁵⁷ Cf. J. H. Newman, *Essay critical and historical II*, Londres 1854, p. 250.

⁵⁸ “El misterio del hombre presenta una doble faz que no puede contemplarse independientemente. El hombre es indisolublemente esencia y existencia, naturaleza y biografía,

el que es buscado por Dios, Quien en su amor eterno abraza a la humanidad entera y a toda la creación, alcanzando su cúspide en la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo, pero también se manifiesta mediante la presencia de cada persona, en la que brilla el rostro de Dios a través del rostro del otro. Por eso, la vida de cada persona no es un desesperante caos, determinado por el fatalismo, la casualidad o la repetición de ciclos sin sentido, sino que es gestada en el corazón de Dios, es el fruto del pensamiento de Dios⁵⁹ y crece y se dirige con y a través de los otros, al destino común, que es Él, en una plenitud trascendente donde Cristo resucitado abraza e ilumina todo.

El hombre está llamado a acoger la verdad originaria de este amor de Dios, el ser mismo del Padre dándose al Hijo desde toda la eternidad y, mediante el Hijo, cuya vida se le comunica, mediante la efusión del Espíritu, haciéndole participe del misterio más íntimo del ser de Dios. Es amor creador, por el que el hombre es, amor redentor, por el que es recreado, y amor revelado en Cristo, que lo convierte en sujeto del amor de Dios recibido y ofrecido⁶⁰. Este amor abre la vida al don y hace posible esperar el “desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres”, descubriendo cada uno su propio bien cuando asume y realiza plenamente el proyecto que Dios tiene sobre él, el cual constituye su verdad, cuya aceptación le hace libre (*Jn 8,32*)⁶¹.

De este modo, la vida cristiana es la respuesta del hombre al acto definitivo de gracia que Dios ha cumplido y revelado en Cristo, compartiendo con Él su destino, oponiéndose con Él al poder que oprime y aliena, denunciando y haciendo frente al mal y anunciando la soberanía amorosa de Dios, en la que imperan la fraternidad, la libertad, la justicia y la vida. Es una vocación vivi-

cuyo conocimiento conjunto es harto difícil y complicado de modo que algunos filósofos lo cuestionan seriamente” (J. DE SAHAGÚN LUCAS, *Las dimensiones del hombre*, Sígueme, Salamanca 1996, p. 35).

59 “La vida no es el simple producto de las leyes y de la casualidad de la materia, sino que en todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como Amor” (*Spe salvi* n. 5).

60 “Los hombres, destinatarios del amor de Dios, se convierten en sujetos de caridad, llamados a hacerse ellos mismos instrumentos de la gracia para difundir la caridad de Dios y para tejer redes de caridad” (*Caritas in veritate* n. 5).

61 “Cada uno encuentra su propio bien asumiendo el proyecto que Dios tiene sobre él, para realizarlo plenamente: en efecto, encuentra en dicho proyecto su verdad y, aceptando esta verdad, se hace libre (cf. *Jn 8,32*). Por tanto, defender la verdad, proponerla con humildad y convicción y testimoniarla en la vida son formas exigentes e insustituibles de caridad. Ésta «goza con la verdad» (1 Co 13,6) ... En Cristo, la caridad en la verdad se convierte en el Rostro de su Persona, en una vocación a amar a nuestros hermanos en la verdad de su proyecto. En efecto, Él mismo es la Verdad (cf. *Jn 14,6*)” (*Caritas in veritate* n. 1).

da desde la fe, la esperanza y la caridad, que constituyen el dinamismo de la comunicación de Dios con el hombre y de la respuesta del hombre a Dios, en la que el hombre está llamado a promover su propio crecimiento caminando en la historia con los otros, junto a los que se realiza, desarrolla y alcanza su plenitud desde la salida de sí mismo y su entrega a los demás.

La fe hace tomar conciencia al hombre de que Dios es amor, lo dispone a confiar libre y totalmente en Él, asintiendo voluntariamente a su revelación desde la obediencia de la fe⁶², le permite leer la historia desde su origen y destino en Dios, iluminando creativamente cada uno de sus momentos y glorificar a Dios desde el diálogo amoroso entre la libertad liberadora de Dios y su libertad, convirtiendo su vida en una memoria de la esperanza.

Se inserta aquí la esperanza no sólo como iluminación y adecuación al presente, sino también como una discontinuidad, cuyo recorrido remite al misterio de Cristo y a aquel futuro en el que Dios será todo en todos⁶³. La esperanza manifiesta el anhelo de plenitud enraizado en el hombre⁶⁴, lo impulsa a asomarse a un porvenir cuya consecución le es imposible alcanzar por sus propios medios y lo conduce a la renuncia de toda pretensión de tratar de salvarse por sí mismo y al éxodo radical de sí mismo en el abandono al amor de Dios como única salvación.

Dios es la gran esperanza del hombre⁶⁵, que, con rostro humano, abraza el universo, ha amado hasta el extremo a la humanidad y a cada hombre en par-

62 “El conocimiento asociado a la palabra es siempre personal: reconoce la voz, la acoge en libertad y la sigue en obediencia. Por eso san Pablo habla de la «obediencia de la fe» (cf. Rm 1,5; 16,26). La fe es, además, un conocimiento vinculado al transcurrir del tiempo, necesario para que la palabra se pronuncie: es un conocimiento que se aprende sólo en un camino de seguimiento” (*Lumen fidei* n. 29).

63 “Se nos advierte que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo. No obstante, la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios... El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección” (*Gaudium et spes* n. 39).

64 “Nos habla de una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud, de vida lograda, de un querer tocar lo grande, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor. [...] La esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna». Caminemos en esperanza” (*Fratelli tutti* n. 55).

65 “La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando «hasta el extremo»,

ticular, hace presente su reino allí donde Él es amado y constituye la garantía de que existe la vida que no está afectada ni siquiera por la muerte y en la que el antes y el después ya no existe. A través de la esperanza se presenta a la vida como el movimiento de un hombre que busca afuera el incremento de su ser, insertándose en una atracción infinita hacia Dios. Agitado en sus propias revoluciones, acucia la actuación de la providencia en su vida y en la historia, convirtiendo al amor en la ley que orienta su vida y en la fuerza por la que se une sobrenaturalmente a Dios. De este modo, sus aspiraciones no se orientan hacia el estado presente, sino futuro, haciendo de Dios, la clave por la que interpretar lo visible, como un prelude imperfecto de lo divino.

La existencia cristiana se identifica con una larga paciencia, alentada y sostenida por la esperanza, cierta y cada día renovada, del encuentro definitivo con Cristo. A su vez, la santificación, es una auténtica cristificación, es decir, un proceso histórico de transformación e identificación con Cristo. Se contrapone a la visión ilusoria del progreso histórico, como única meta de la vida humana⁶⁶, que origina en la modernidad, una cierta desesperanza, ante el aparente derrumbamiento de las grandes utopías y la pérdida de un hacia dónde, que dé sentido al camino de la humanidad.

La época moderna se sustentó en el progreso, la razón y la libertad, para desarrollar la esperanza de la instauración de un mundo perfecto, que parecía poder alcanzarse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una política fundada científicamente. La esperanza bíblica del reino de Dios fue remplazada por la del reino del hombre, pero el desarrollo técnico y su industrialización, dieron lugar a toda una cadena de revoluciones sociales, bajo el intento de provocar el paso definitivo de la historia hacia la salvación, sustituyendo “el restablecimiento de la verdad del más allá, por la verdad del más acá”⁶⁷.

«hasta el total cumplimiento» (cf. Jn 13,1; 19,30). Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente «vida»” (*Spe salvi* n. 27).

66 “Sin la perspectiva de una vida eterna, el progreso humano en este mundo se queda sin aliento. Encerrado dentro de la historia, queda expuesto al riesgo de reducirse sólo al incremento del tener; así, la humanidad pierde la valentía de estar disponible para los bienes más altos, para las iniciativas grandes y desinteresadas que la caridad universal exige. El hombre no se desarrolla únicamente con sus propias fuerzas, así como no se le puede dar sin más el desarrollo desde fuera” (*Caritas in veritate* n. 11).

67 “Hacia falta el salto revolucionario. Karl Marx recogió esta llamada del momento y, con vigor de lenguaje y pensamiento, trató de encauzar este nuevo y, como él pensaba, definitivo gran paso de la historia hacia la salvación, hacia lo que Kant había calificado como el «reino de Dios». Al haber desaparecido la verdad del más allá, se trataría ahora de establecer la verdad del más acá.” (*Spe salvi* n. 20).

El sujeto moderno pretendió ser un conquistador, que nació como consecuencia de la acentuación de su razón autónoma, al margen de Dios, situándola como la nueva vía, que adentrarse a la humanidad, en el camino de la libertad, la cual era considerada como la promesa, que permitiese al hombre llegar a conquistar su plenitud.

Precisamente, la postmodernidad supuso una protesta frente a la pérdida del sujeto humano, manifestando cómo la auténtica libertad, se hallaba determinada por Dios, sin el cual el hombre queda desprovisto de esperanza. Aparece así la angustia como la experiencia de la muerte del “yo”, que ante la escisión entre lo que se es y lo que puede ser, se esfuerza por hacerse autosuficiente y desligar su existencia, que es una relación, del poder que la fundamenta⁶⁸. Aquella crisis encontraba sus raíces en el interior del hombre, quien pretendió construir su historia sin la presencia del Creador, olvidando la vinculación existente entre la razón y la fe.

Pero, además, el hombre constituye para sí mismo un ser incomprensible y su vida aparece desprovista de sentido si no se le revela el amor, se encuentra con él, lo experimenta y lo hace propio y participa en él. Sólo puede ser redimido por el amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, que es el amor absoluto con su certeza absoluta, que concede un nuevo sentido a su existencia, revelando plenamente el hombre al mismo hombre, confirmándole su grandeza, dignidad y el sentido de su existencia en el mundo y respondiendo a su deseo de comprenderse hasta el fondo a sí mismo. Asimilando y apropiándose del misterio⁶⁹, el hombre descubre al Dios que nos ha amado y que nos sigue amando hasta el extremo y se descubre a sí mismo, hasta poder afirmar que “vive de la fe en el Hijo de Dios, que le amó hasta entregarse por él y que su vida es una relación con Dios, que es la fuente de la Vida y el Amor”.

La misionariedad del amor consiste en salir de uno mismo para dirigirse hacia el otro⁷⁰, propiciando un encuentro festivo con él, que desde la obediencia

68 Cf. P. M. Sarmiento, *Cristología existencial. Claves para una lectura posmoderna de Kart Rhaner*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1998, pp. 22- 23 y 5.

69 El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor, como se ha dicho anteriormente, revela plenamente el hombre al mismo hombre” (*Redemptoris hominis* n. 10).

70 “Desde la intimidad de cada corazón, el amor crea vínculos y amplía la existencia cuando saca a la persona de sí misma hacia el otro. Hechos para el amor, hay en cada uno de nosotros «una ley de éxtasis: salir de sí mismo para hallar en otro un crecimiento de su ser». Por ello «en cualquier caso el hombre tiene que llevar a cabo esta empresa: salir de sí mismo” (*Fratelli tutti* n. 88).

cia a la Palabra, se convierte en solidaridad progresiva y liberadora, llamada a ser acontecida no en el tiempo futuro sino desde la realidad del hoy de su historia. Este amor es apertura al misterio de Dios, obediencia de la fe al proyecto de Dios y búsqueda del Reino de Dios, entretejiendo una cultura de diálogo y comunión con el otro y convirtiéndose en un canto de la “revolución del Dios de la vida” en su vida. El amor se hace profecía, en una manifestación de la presencia de Dios en la historia, que sólo puede ser redescubierta cada día desde la escucha de la Palabra. La acogida del otro como palabra inédita e inaudita, desconocida y a veces desconcertante, se convierte en una experiencia de gratitud y de agradecimiento ante la vida humana y en un anticipo de la llegada del Dios que alberga la gran promesa de “un cielo nuevo y una tierra nueva donde habite la justicia”.

4. EL ANUNCIO DE CRISTO COMO RESPUESTA AL DESEO DEL HOMBRE DE CONOCER LA VERDAD SOBRE DIOS Y SOBRE SÍ MISMO

Frente a la ignorancia que se halla tras el egocentrismo del hombre que, paradójicamente, buscándose a sí mismo, se centra en sí, reduciendo su anhelo de plenitud a la finitud de su realidad de criatura, se encuentra aquel que se descubre a sí mismo a la luz de la Palabra de Dios. Ésta hace brotar y florecer el propio ser desde el descubrimiento de la propia vida como vocación⁷¹ a trascenderse en Dios, cuyo Amor, como don recibido, atrae al hombre hacia Cristo⁷² en su condición de peregrino en la historia.

De la escucha de la Palabra de Dios, su acogida en libertad y su seguimiento en obediencia se deriva su anuncio mediante acciones y palabras, que convierten la vida del cristiano en una epifanía de Dios, confesando su amor concreto y eficaz, que obra en la historia de la humanidad y de cada hombre, determina su destino final y se ha revelado en plenitud en la pasión, muerte y resurrección de Cristo, Quien nos da su Espíritu, que guía a la Iglesia en la espera del retorno glorioso del Señor. Jesús no es sólo Aquel en quien cree y acoge en su vida, sino también Aquel con quien entra en comunión total, para poder creer, participando

71 “En los designios de Dios, cada hombre está llamado a promover su propio progreso, porque la vida de todo hombre es una vocación” (*Populorum progressio* n. 15).

72 “La fe se hace entonces operante en el cristiano a partir del don recibido, del Amor que atrae hacia Cristo (cf. Ga 5,6), y le hace partícipe del camino de la Iglesia, peregrina en la historia hasta su cumplimiento. Quien ha sido transformado de este modo adquiere una nueva forma de ver, la fe se convierte en luz para sus ojos” (*Lumen fidei* n. 22).

en su modo de conocer al Padre y descubriéndolo como “el Camino, la Verdad y la Vida”, mediante la fe, la esperanza y el amor”⁷³.

Del encuentro con Cristo surge el anuncio de Éste, Quien es el camino primero y fundamental de la Iglesia⁷⁴, el camino del encuentro con el Padre y el camino hacia cada hombre, a quien le revela su vocación suprema, poniendo de manifiesto que el hombre sólo puede contentarse con algo infinito. De este modo, el cristiano trata de dirigir la mirada de todo hombre hacia Cristo, para que éste pueda encontrarlo, lo reconozca como Señor de la historia y único Redentor del hombre, encontrando en Él la plenitud de su salvación y Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida. Su anuncio del Evangelio, que es la Buena Noticia, procede de lo más profundo de sí mismo, responde al deseo consciente o inconsciente de todo hombre por conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre y sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte y da luz a la realidad.

La Iglesia vive de esta verdad sobre el hombre, que le permite atravesar las fronteras de la temporalidad y pensar en todo aquello que incide sobre la vida del hombre, en quien se manifiesta aquella perenne inquietud de “la búsqueda de la verdad, la insaciable necesidad del bien, el hambre de la libertad, la nostalgia de lo bello, la voz de la conciencia”⁷⁵. La ruptura de la comunión de vida del hombre con Dios lo conduce a la enajenación, distancia y pérdida de sí mismo y de su constitución filial, a la pérdida de la memoria de su origen y de la promesa de su destino, recluso su finitud con necesidad de absoluto, en su condición mortal.

De la certeza personal de ser infinitamente amado, como experiencia auténtica de verdad y de belleza, brota la alegría y la necesidad de comunicarla, frente a la tristeza individualista del aislamiento y de la comodidad⁷⁶, la búsqueda de place-

73 “La plenitud a la que Jesús lleva a la fe tiene otro aspecto decisivo. Para la fe, Cristo no es sólo aquel en quien creemos, la manifestación máxima del amor de Dios, sino también aquel con quien nos unimos para poder creer. La fe no sólo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver (*Lumen fidei* n. 18).

74 “Por ello el hombre, el hombre viviente, constituye el camino primero y fundamental de la Iglesia” (*Evangelium vitae* n. 2).

75 “La Iglesia vive esta realidad, vive de esta verdad sobre el hombre, que le permite atravesar las fronteras de la temporalidad y, al mismo tiempo, pensar con particular amor y solicitud en todo aquello que, en las dimensiones de esta temporalidad, incide sobre la vida del hombre, sobre la vida del espíritu humano, en el que se manifiesta aquella perenne inquietud de que hablaba San Agustín: «Nos has hecho, Señor, para tí e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en tí». En esta inquietud creadora bate y pulsa lo que es más profundamente humano: la búsqueda de la verdad, la insaciable necesidad del bien, el hambre de la libertad, la nostalgia de lo bello, la voz de la conciencia” (*Redemptoris hominis* n. 18).

76 “Al mismo tiempo que las personas preservan su aislamiento consumista y cómodo, eligen una vinculación constante y febril” (*Fratelli tutti* n. 44).

res superficiales y la clausura de la vida en los propios intereses. El dinamismo del anuncio manifiesta que la vida se alcanza conforme se entrega para darla a los otros, bajo la llamada a salir de la propia comodidad y llegar a “las periferias existenciales y sociales que necesitan ser iluminadas por la luz del Evangelio”⁷⁷, dejándose amar por Dios y amándolo con el amor que Él mismo nos comunica.

En su ser acogido por Cristo y acoger a Éste en su vida, el cristiano presenta a la fe no sólo como un camino, sino también como la preparación de un lugar en el que el hombre pueda relacionarse con los demás, para comunicarles esta Buena Noticia, apoyándose en el Dios fiel y siendo consciente de su destino definitivo en Él⁷⁸. Evangelizar es abrir al hombre al misterio de Dios. Es “llevar la buena nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro” y renovar a la humanidad, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio⁷⁹. No hay evangelización mientras no se proclame que en Jesucristo, Hijo de Dios, vivo, muerto y resucitado, se nos ofrece la salvación a todos los hombres, como don de gracia y de la misericordia de Dios, que desborda los límites de la inmanencia para realizarse en una comunión con el único Absoluto Dios, que comienza en esta vida y se cumple en la eternidad⁸⁰.

77 “La propuesta es vivir en un nivel superior, pero no con menor intensidad: «La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás». Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal: «Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros» (*Evangelii gaudium* n. 10).

78 “Nace así, en relación con la fe, una nueva fiabilidad, una nueva solidez, que sólo puede venir de Dios. Si el hombre de fe se apoya en el Dios del Amén, en el Dios fiel (cf. *Is* 65,16), y así adquiere solidez, podemos añadir que la solidez de la fe se atribuye también a la ciudad que Dios está preparando para el hombre” (*Lumen fidei* n. 50).

79 “Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: “He aquí que hago nuevas todas las cosas”. Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio” (*Evangelii nuntiandi*, n. 18).

80 “La evangelización también debe contener siempre —como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo— una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios. No una salvación puramente inmanente, a medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal y se identifican totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales, sino una salvación que desborda todos estos límites para realizarse en una comunión con el único Absoluto Dios, salvación trascendente, escatológica, que comienza ciertamente en esta vida, pero que tiene su cumplimiento en la eternidad” (*Evangelii nuntiandi* n. 27).

Para ello es preciso creer en la capacidad del hombre para conocer, aceptar y ser fiel a la verdad absoluta y universal del evangelio de la salvación, anunciado por Jesús y custodiado por la Iglesia, así como de la complementariedad de la verdad de la razón y la verdad revelada por Dios y su convergencia en el misterio mismo de Dios⁸¹.

Proclamar el Evangelio con la vida y las palabras es anunciar la vida que vence a la muerte, el amor infinito de Dios que traspasa a la tristeza que emana del dolor o del sinsentido y la libertad que se opone a toda esclavitud o alienación del ser humano, frente a la pobreza, la marginación y la opresión, sanando, elevando y salvaguardando la dignidad de la persona humana y su dimensión trascendental. Se origina así una nueva creación, bajo la inscripción, en lo más íntimo del hombre, de la invitación a responder y servir libremente al diseño de Dios, que es Cristo⁸², aceptando la propia condición de criatura y, por tanto, recibiendo la propia vida como don.

81 “La prioridad reconocida a esta sabiduría no hace olvidar, sin embargo, al Doctor Angélico la presencia de otras dos formas de sabiduría complementarias: la *filosófica*, basada en la capacidad del intelecto para indagar la realidad dentro de sus límites connaturales, y la *teológica*, fundamentada en la Revelación y que examina los contenidos de la fe, llegando al misterio mismo de Dios” (*Fides et ratio* n. 44).

82 “Seguir a Cristo es sintonizar con su pasión mesiánica. Es entrar en su lucha de la vida contra la muerte, de la esperanza contra la apatía, de lo nuevo contra lo caduco, de la libertad contra la esclavitud. Entrar en el seguimiento de Jesús es adentrarse en una experiencia de esperanza” (B. FERNÁNDEZ, *Seguir a Jesús, el Cristo...*, p. 33).

BIBLIOGRAFÍA

ALFARO, J., *Cristología y Antropología*, Madrid 1973.

BOFF, L., *Gracia y liberación del hombre*, Madrid 1980.

GELABERT, M., *Salvación como humanización. Esbozo de una teología de la gracia*, Madrid 1985.

GONZÁLEZ FAUS, J. I., *Proyecto de hermano. Visión creyente del hombre*, Santander 1987.

ZUBIRI, X., *El hombre y Dios*, Madrid 1984.